

## BIENAVENTURADOS LUIS Y CELIA MARTIN

Hace 150 años, Luis y Celia Martin, padres de Teresita, se unen en matrimonio en Alençon y decidieron realizar su propio proyecto de vida constituyendo una gran familia. Para vivir su amor, tuvieron que renunciar a sus anteriores aspiraciones de vocación a la vida religiosa. Integraron en su vida de pareja, como muchos contemporáneos suyos, la participación intensa, activa, regular y ardiente en la vida de la Iglesia. Se nutrieron de los Sacramentos, se implicaron en su parroquia y dedicaron un tiempo cada día a la oración compartida, al recogimiento, a la meditación y al ritmo respetuoso y discreto de la vida personal de cada uno. No dejaron jamás de recibir el sacramento de la Reconciliación según lo recomendado por la Iglesia y de vivir la gracia recibida. Unidos en la confianza de vivir el camino ordinario de la santificación como pareja, dieron vida a nueve hijos trabajando cada uno en su profesión. Las pruebas familiares marcaron su vida y purificaron su fe, afianzando su confianza en el Señor. Llevaron una vida de trabajo intenso y probado. Afrontaron la enfermedad y la muerte de cuatro de sus queridos hijos, fallecidos con muy pocos años. Sólo les vivieron cinco hijas de las que Teresa, la benjamina, será la más concida por su cumplimiento de la doctrina del Evangelio en su vida y por su irradiación misionera. Cinco años después de su matrimonio, en 1850, Luis y Celia crean su propia empresa de encaje de Alençon. Luis trabajó con su esposa. Se ingenió para llevar al encaje las nuevas corrientes, los nuevos modelos. Los resultados fueron extraordinarios. Había que encontrar nuevos mercados. Por esto viajó frecuentemente de Alençon a París para buscar nuevos clientes, conservar los existentes y asegurar el buen desarrollo de la producción de Celia y de sus empleadas. Durante este periodo traspasó su relojería a su sobrino Adolfo Leriche. Luis y Celia dejaron la casa de la calle Puente Nuevo de Alençon e instalaron sus actividades en la calle San Blas. Celia asumió, con un coraje extraordinario su responsabilidad maternal, su compromiso profesional y su doloroso combate contra el cáncer que la llevaría a la muerte el 28 de agosto de 1877. Tenía 46 años y dejaba a su marido -del que conocía su fragilidad- y a sus cinco hijas. La mayor, María, no tenía más que 17 años y la pequeña, Teresita, cuatro y medio. Para esta se acababa el periodo de Alençon y se abraza el de Lisieux. En esta familia corriente, iluminada por la fe, confrontada a los azares de la vida, minada por la enfermedad emergente, se afirman y se desarrollan las respuestas y las vocaciones de sus hijas. Cuatro escogieron el mismo Carmelo: el de Lisieux. Leona el de la Visitación de Caen. La beatificación de los padres descubre la vida de esta pareja tan atenta a inscribir su respuesta cotidiana en el compromiso con sus hijos y en el crecimiento espiritual de cada uno de ellos. Pasarán por momentos muy dolorosos en su vida pero su fe, llena de paz, humilde, ardiente y enraizada en la Iglesia les permitirá aceptarlos en paz.

Llena de inmenso amor filial, Teresita no vacila en escribir al abate Bellière dos meses antes de su muerte: " Dios me dio un padre y una madre más dignos del cielo que de la tierra. Pidieron al Señor que les diera muchos hijos y que los tomara para sí. Su deseo fue escuchado: cuatro angelitos volaron al cielo y las cinco hijas que quedaron en la arena tomaron por esposo a Jesús ". Estamos en buena compañía. Texto de Mons. Pedro PICAN, obispo de Bayeux y Lisieux